

La importancia de pensar. ¿Consumidores, ciudadanos o personas?

Si hay algo que caracteriza a la mirada filosófica es que no toma la realidad como algo cumplido, ordenado o acabado, sino que encuentra en ella las fisuras, las grietas de un mundo que permanece indisponible, incierto, incompleto. Las diferentes disciplinas se aproximan a la realidad para intentar ordenarla, calcularla, embellecerla, nombrarla... ¿Qué papel tiene la filosofía en esta aproximación a la realidad? ¿Cuál es su lugar en el mundo? ¿Qué implicaría que desapareciera de nuestras aulas? ¿Tiene sentido luchar por que forme parte de los planes de estudio de secundaria?

Los distintos saberes y técnicas se aproximan a la realidad con una mirada especializada, desde la que se reparten el territorio del saber. La filosofía, en cambio, permanece en una especie de "no lugar" que le permite, sin apropiarse de ningún territorio, ofrecernos herramientas para recorrerlos todos, cuestionándolos, introduciéndolos en el diálogo, señalando sus límites. En cuanto al tiempo, la filosofía también vive en una tensión continua entre el pasado del que aprende, el presente al que atiende y el futuro que anuncia. Este estar en todas partes tiene el peligro de que finalmente no esté presente en ninguna. ¿Es la academia el lugar de la filosofía o es preferible que preserve su libertad al margen de las instituciones?

I. ¿Qué aporta la filosofía?

Cuando nacemos nos encontramos con una doble tarea: sobrevivir (mantenernos con vida gracias a la organización en sociedad,

la economía, la política...) y encontrar sentido a nuestra vida. A la especie humana no le basta con vivir, necesitamos amar la vida que vivimos. Sin la filosofía podemos sobrevivir, pero con ella podremos encontrar un sentido al hecho de hacerlo y lo más importante: preguntarnos cuál es el mejor modo de hacerlo. La filosofía no conduce necesariamente a una vida plena, pero sí nos recuerda que el sentido de nuestra vida depende de que tratemos de alcanzarlo.

La filosofía ofrece caminos para la búsqueda de sentido entendiendo este término de dos modos. Por un lado, ayuda a encontrar la orientación en la vida en un sentido espacial. Con la reflexión filosófica surgen las preguntas: ¿Dónde estás? ¿Hacia dónde quieres ir? ¿Cuál es tu horizonte? ¿Qué debes dejar atrás? Para poder tomar una dirección, un sentido y no otro en la vida, hay que saber dónde se está y hacia dónde se quiere ir (o al menos, hacia dónde no se quiere ir). Esto nos recuerda la pregunta bíblica "¿Dónde estás?" y la respuesta: *hineni*, "aquí estoy".

Pero la palabra sentido también se refiere aquí a significado. La filosofía también aporta un sentido entendido como significado: ¿Qué significado das a tu vida? ¿Por qué y para qué haces lo que haces? Podemos vivir sin preguntárnoslo, pero una vida plenamente humana pasa por saber o al menos preguntarse por qué vivimos de un modo y no de otro. Si no nos cuestionamos cómo vivimos y en qué mundo nos encontramos, difícilmente nos dirigiremos hacia una vida que merezca la pena vivirse o a un mundo que sea cada vez más habitable, gracias a nuestras decisiones y a nuestros compromisos.

La filosofía, en definitiva, contribuye a que tomemos conciencia de que la vida no es algo dado, sino una tarea por hacer, que depende de qué preguntas nos hagamos y qué respuestas nos demos a nosotros mismos en los retos que nos vaya planteando la vida. La filosofía contribuye de este modo a que cada individuo sea consciente de su valor y de su capacidad para cumplirse a sí mismo como la persona única y exclusiva que es, a partir del encuentro con otros.

Aunque inicialmente hayamos situado a la filosofía en la segunda de las tareas: encontrar sentido a la vida; estamos en una situación

histórica en la que la filosofía también puede ser clave en la primera de ellas: la tarea misma de sobrevivir, no porque con ella nos alimentemos en sentido literal, sino porque gracias a ella nos nutrimos moralmente. Con la filosofía pueden desenmascarse y combatirse los discursos que conducen a la autoaniquilación de la especie humana, a la deshumanización. En la actualidad, el ser humano tiene la capacidad técnica para extinguirse a sí mismo, las razones para no hacerlo y las denuncias que intenten evitarlo pueden y deben venir, además de otros saberes, de la propia filosofía.

2. **¿Cómo puede la filosofía contribuir a la humanización del hombre?**

Como siempre se dice, la democracia no es un sistema perfecto, pero lleva en sí el germen de su perfección. La democracia se da en forma de promesa y, como toda promesa, a veces implica una desilusión. Pero lo que no ponemos en duda es que, como ciudadanos, la vida en democracia nos permite gozar de las mayores libertades que hemos podido alcanzar y que tiene como objetivo favorecer la vida en sociedad sin negar la dignidad de cada individuo. Más allá de sus imperfecciones, es el sistema que nos permite vivir en paz, caminar hacia la justicia, vivir en libertad y reconocernos como iguales.

La filosofía tiene (y debería tener en España) un papel esencial en la formación de ciudadanos democráticos. No nacemos demócratas, por lo que tenemos que hacernos demócratas, a través de la educación y de las experiencias cotidianas. La filosofía es una aliada de la democracia porque ayuda a tomar conciencia de uno mismo y a plantearse cuál es el mejor modo de vivir en sociedad. Virtudes como la justicia, la prudencia, la capacidad de diálogo, la tolerancia o la solidaridad, han sido centrales en la historia de la filosofía, que nos ofrece las bases para repensarlas a la luz de las sociedades contemporáneas. Pero si estos estudios desaparecen de las aulas, no podremos convertirlo en el suelo que nutra moralmente a la sociedad democrática.

No basta con reconocer que estas virtudes son fundamentales para la democracia. Escuchar o decir estas palabras no es suficiente para vivir desde ellas; hay que analizar lo que significan, discutir las, conocer su presencia en la historia y, lo que es más grave, su ausencia. Como afirma Simone Weil, las dictaduras no llegan al poder porque anulen la libertad de pensamiento, sino que es la falta de pensamiento la que hace posible que lleguen al poder.

La educación puede servir igualmente para afianzar una dictadura o para favorecer la libertad: la clave está en que promueva o anule la libertad de pensamiento. Un ciudadano no tiene nada esencialmente propio, salvo su capacidad de pensar (no la capacidad en sí, sino el modo en que la ejercita). Dice Weil que los ciudadanos dependen de la sociedad en casi todas las dimensiones de su vida, pero la sociedad también depende de ellos: necesita ciudadanos que la piensen, y esto es algo que no se puede hacer en masa. Se piensa en singular, aunque se viva en plural.

Cuando hablamos de pensar la sociedad, no podemos separar este acto del hecho de nombrarla. Hacer política es también hacer discurso político. Desde la filosofía encontramos claves para desvelar, describir y elaborar distintos tipos de discursos y las racionalidades que los sostienen. La tarea de la filosofía no es solo comprenderlos, también es ayudar a detectar sus límites y sus fortalezas. Hoy más que nunca vemos la importancia de las palabras: quien crea un nuevo término abre una nueva discusión y agenda política. Como dice S. Žižek, la victoria ya no pasa por vencer al enemigo, sino por lograr que el enemigo utilice tu lenguaje, pues de esta forma son tus ideas y tus palabras las que dibujan el tablero en el que se desarrollará la partida.

La filosofía también nos pone en alerta ante la creciente identificación entre el ser y el tener: cada vez más personas creen que son mejores cuanto más poseen, en términos materiales o en términos de relaciones e incluso de ideas. Llegamos a pensar que lo que puede dar sentido a nuestra vida es llenarla de posesiones, de experiencias, de reconocimientos; pero las cosas y el deseo de poseerlas nos esclaviza. No solo se viven de forma posesiva las cosas o las relaciones, también ocurre con las ideas, hasta el

punto de que nos importa más tener la razón que buscar la verdad. Quien se identifica ciegamente con sus ideas, no tolera que se las cuestionen, pues vive la crítica como un acto de violencia contra sí mismo. El fanatismo se convierte así en el germen de la barbarie, como bien señaló Gabriel Marcel. Más importante que “decir lo que estás pensando” en Facebook, es pensar lo que dices.

Frente al deseo de tener la razón, la filosofía despierta el deseo de buscar la verdad. Pero para buscarla, antes hay que ser consciente de su falta y deseirla. Como dice Weil, de nada sirve saber que en algún lugar hay agua, si no sabemos que tenemos sed. Para que nos alimentemos de verdades, tenemos que sabernos antes hambrientos; y la filosofía es, en este sentido, la que despierta el hambre de verdad y a partir de ese momento, no nos saciará la mera opinión. La conciencia libre y el pensamiento crítico nos salvan así del fanatismo, del consumismo y también de la dictadura de las modas: la filosofía interrumpe la normalidad, para que pueda acontecer lo nuevo; interrumpe las facilidades, para que valoremos el esfuerzo; cuestiona las excesivas comodidades, reconociendo que la vida también supone sufrimiento.

3. ¿Debe la filosofía permanecer al margen de las instituciones?

Cuando se dice que la filosofía no sirve, se puede decir que es cierto, en el sentido de que no es sierva de nadie. La filosofía no es sierva de ningún poder establecido y cuando lo es, se ha convertido en un instrumento de propaganda, por lo que deja de ser filosofía. Pero la tensión con el poder establecido no implica que la filosofía deba permanecer al margen de las instituciones. Precisamente por su capacidad para detectar la estupidez moral o la bajeza de pensamiento, la filosofía es (o debería ser) un aliado de las instituciones que se quieren justas y que esperan de sí mismas ser un instrumento para mejorar la sociedad.

La filosofía no está al servicio de nadie, pero precisamente por eso puede estar al servicio de todos, en el sentido de velar porque las instituciones ejerzan su autoridad sin degenerar en el autoritarismo. En nuestros días está presente un debate que siempre se ha planteado en la historia de la filosofía: ¿Debe la filosofía

estudiarse en las aulas o es mejor que permanezca al margen de la academia? Hay profesores de filosofía y filósofos que consideran que su lugar es la universidad y las aulas de secundaria; otros piensan que precisamente la libertad de pensamiento se vería favorecida por una mayor presencia de la filosofía fuera de la academia y, por qué no, fuera del sistema educativo. Pero en sus extremos, las dos opciones condenan la filosofía a su desaparición. Si solo se da en la academia y, tal y como está ocurriendo, la filosofía solo se mira a sí misma y se escribe en unos términos que solo los filósofos comprenden, terminará siendo una pieza de museo o un divertimento para las élites, pero permanecerá de espaldas al mundo, hasta que finalmente sea el mundo el que le dé la espalda y considere innecesario mantenerla, incluso en la academia.

Este arrinconamiento de la filosofía se cumplirá si finalmente se implanta la LOMCE (“Ley Orgánica para la Mejora de la Calidad Educativa”), que no es realmente una ley de educación, sino una ley “para mejorar su calidad”. Pero no se ha aprobado tras un diálogo ni se ha hecho una reflexión previa y seria sobre lo que es la calidad en el ámbito educativo, sino que se ha trasladado el concepto (empresarial) de calidad a la vida de los centros educativos.

Esta ley, lejos de mejorar la calidad de la educación, la convierte en otra cosa: un sistema para adaptar a los ciudadanos a un determinado sistema económico. No es de extrañar que en este modelo no quepa la filosofía, no porque se la considere una amenaza, sino porque se la considera superflua (no produce nada que se pueda “vender”, sino que cuestiona el sistema desde el que produce y se vende).

4. Conclusión

Si la filosofía solo estuviera presente en las calles, sin pasar por las aulas, caeríamos en la falsa idea de que es solo una actitud vital presente en todos. Como hemos dicho antes, se puede vivir sin filosofía y sin desear la verdad, no todos se plantean el sentido de su existencia, por lo que no necesariamente es una actitud presente

en la sociedad si no se fomenta. Cuando todos son filósofos, en el fondo nadie lo es en realidad, debe haber algo que distinga la actitud y la tarea filosófica, para que se pueda decir que aporta algo a la sociedad.

Ambas opciones son compatibles y el futuro de la filosofía depende de que esté presente en las calles, atendiendo a los problemas de los ciudadanos, pero analizándolos con rigor y seriedad en las discusiones y reflexiones que se producen en las aulas. El destino de una generación puede estar muy vinculado a la labor que los filósofos desempeñen en ella, pero para ello deben mirar de frente a la sociedad y tratar de ofrecer un sentido, una orientación, que permita vivir de un modo más humano en ella. Sócrates y Platón no fueron incompatibles: Sócrates permaneció atento a los problemas de la gente, hasta el punto de ser considerado una amenaza para la estabilidad del Estado y ser condenado por ello. Platón no aprendió de su maestro a incumplir las leyes, sino a pensarlas mejor, a elaborar la idea de un Estado en el que no se repitiera una injusticia como la que sufrió Sócrates.

Esa es la conexión que necesita hoy más que nunca la filosofía: recuperar la presencia en las calles, elaborar discursos al alcance de todos, para contribuir con sus teorías y reflexiones a mejorar la vida de los ciudadanos y a combatir las tendencias que amenazan con deshumanizarnos. Las injusticias no se combaten necesariamente comprendiendo la realidad, pero sin comprenderla será imposible combatirlas. Una sociedad que no se piensa a sí misma, está condenada a la barbarie. La filosofía, en su vertiente especulativa, no es un lujo o un entretenimiento, es una necesidad. ■

SALTERRAE

José Luis Segovia Bernabé
Luis A. Aranguren Gonzalo

No te olvides de los pobres

*Notas para apuntalar
el giro social de la Iglesia*


SALTERRAE


Presencia
Teológica

JOSÉ LUIS SEGOVIA BERNABÉ
LUIS A. ARANGUREN GONZALO

No te olvides de los pobres

*Notas para apuntalar
el giro social de la Iglesia*

224 págs.

P.V.P.: 14,00 €

El título del libro no es casual. «No te olvides de los pobres» fue el saludo del cardenal Hummes al recién elegido papa Francisco. Y es que olvidarse de los pobres sería un imperdonable olvido ético, al situarnos de espaldas a la realidad sufriente, pero también un olvido teológico: el olvido del Dios de Jesús, que se hace itinerario vital en el huérfano, la viuda y el extranjero. A través de ellos, Dios mismo nos pide cuentas: «¿Dónde está tu hermano?». Lo social no es un apéndice marginal, sino parte esencial del quehacer de la Iglesia como servidora del reino. ¿Qué lugar debe ocupar la Iglesia en el mundo? ¿Qué imagen proyecta? ¿Qué Iglesia será creíble en el siglo XXI?


LOYOLA
GRUPO DE
COMUNICACION

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
